

SERMÓN
Primer Aniversario del asesinato de su
Excelencia Monseñor Juan José Gerardi Conedera

LLAMADOS A LA SANTIDAD

PRESENTACION

En nombre de la Conferencia Episcopal de Guatemala, en nombre de cada uno de los Obispos, presentamos la vida de un hermano nuestro, Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de Guatemala, Monseñor Juan José Gerardi Conedera, que hace un año fue brutalmente asesinado por haber osado como lo hicieron los profetas, decir y denunciar todo aquello que destruye la dignidad humana y como dioses terrenos destruyeron la vida de tantos hermanos guatemaltecos y quien con su sangre derramada, escribió su propio epitafio: "Guatemala, nunca más".

La memoria de la vida de Monseñor Gerardi está escrita y tejida con su recuerdo, su persona y su actividad, que tantos hermanos del episcopado, como sacerdotes y laicos convivieron con él, amigos que le conocieron, aportan con estos puntos de manera desinteresada los datos de su vida.

El Santo Padre Juan Pablo II nos lo recordaba recientemente, al hacer memoria de los cerca de 40 agentes de Iglesia que el año pasado dieron su vida en diversos lugares del mundo, y recordaba explícitamente a Monseñor Juan Gerardi, señalando que todos ellos con *"su testimonio enriquecen el tesoro de gracia que la Iglesia abrirá a todos en el gran Jubileo y su memoria ayuda a vivir más intensamente la preparación de la Pascua"* (Roma, 21 de marzo de 1999).

Agradecemos a Dios que el Papa siempre ha tenido una predilección por Guatemala, por el pueblo guatemalteco, y por esta nuestra Iglesia que peregrina en esta parcela del Señor. En una carta que dirigió al Episcopado guatemalteco en 1984, nos decía: *"No puedo dejar de recordar que entre las víctimas de la violencia y del odio se encuentran innumerables evangelizadores de la Cruz y de su mensaje de caridad: sacerdotes, religiosos y religiosas y, sobre todo, ministros de la Palabra. Cuando la historia más reciente de vuestra Iglesia sea presentada a las generaciones futuras ¿será posible dar a conocer en sus páginas la larga lista de nombres de tantos catequistas, generosos sembradores de la Palabra de Dios, que en el cumplimiento de su misión cayeron víctimas del odio fratricida?"*.

Se me hace difícil hablar en esta oportunidad en forma personal de un amigo entrañable, sobre todo por haber convivido con él un largo camino de años. Por esto, presento más que nada, el camino que el Señor Jesús ha señalado a su Iglesia y a cada cristiano: "Llamados a ser santos".

"Cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley para que recibiéramos el ser hijos de adopción" (Gal 4, 4-5).

Dios Padre envía a su Hijo para hacernos, en Él, hijos adoptivos. La misión del Hijo de Dios llega a su plenitud cuando Él, ofreciéndose a sí mismo, realiza nuestra adopción filial y con el don del Espíritu Santo, hace posible a cada ser humano la participación en la misma comunión trinitaria. En el misterio pascual, Dios Padre, por medio de su hijo en el Espíritu Santo, se ha inclinado sobre cada ser humano ofreciéndole la posibilidad de redimirlo del pecado y liberarlo de la muerte.

Cristo vino al mundo, enviado por el Padre, en Él fuimos elegidos y quiso que fuéramos sus hijos adoptivos, ya que en Él serían restauradas todas las cosas. Ahí, Cristo inaugura en la tierra el Reino de los cielos, nos reveló su misterio y con su obediencia realizó la salvación de los hombres. Esta Iglesia o Reino de Cristo está presente en misterio; pero al mismo tiempo crece visiblemente en el mundo. Todo esto simbolizado en la sangre y agua de manó del costado abierto de Cristo crucificado. Esta obra de la redención se efectúa cuantas veces se celebra la eucaristía y Él fue inmolado. La unidad de los fieles, que constituimos un solo Cuerpo está representada sacramentalmente en el pan eucarístico. Todos los hombres estamos llamados a la unión con Cristo, luz del mundo, camino, verdad y vida, de quien procedemos, por quien vivimos y por quien caminamos hacia el Padre (LG 1-3).

El misterio de la Iglesia se manifiesta en su misma fundación, con las palabras, con las obras y con la presencia misma de Cristo. La iglesia constituye en la tierra el germen y principio del Reino de Dios que se desarrollará hasta la recolección definitiva de los tiempos (LG 5).

La Iglesia es como una sociedad jerárquica y Cuerpo Místico, comunidad visible y al mismo tiempo espiritual, que brota de un doble elemento, divino y humano, por eso la Iglesia repite analógicamente en cierto modo el misterio del Verbo Encarnado, cuya pasión, muerte y resurrección anuncia a todos los hombres entre las persecuciones del mundo y las consolaciones de Dios. Esta Iglesia es UNA, SANTA, CATÓLICA Y APOSTÓLICA, que acoge en su deseo incluso a los pecadores (LG 8).

Hemos sido convocados por Cristo para ser un solo pueblo, el nuevo pueblo, real y sacerdotal y, por medio de la unción del Espíritu Santo, podemos ofrecernos nosotros mismos como víctima a Dios, renovando de esta manera en todo el mundo el testimonio de Cristo (LG 10).

La salvación humana y la perfecta glorificación de Dios, se resume en todas las maravillas que Dios obró en el pueblo de la Antigua Alianza y que Cristo el Señor la realiza principalmente por su misterio pascual, su muerte y su resurrección de entre los muertos y con su gloriosa ascensión. Por este ministerio *"con su muerte destruyó nuestra muerte y con su resurrección restauró nuestra vida"* (Pref. Pascual). Así del costado de Cristo dormido en la Cruz, ha nacido el sacramento admirable de su Iglesia (cf. San Agustín Ps. 138,2).

Por el bautismo fuimos injertados en el misterio pascual de Cristo, morimos y fuimos sepultados con Él, para resucitar con Él. Por la unción del Espíritu Santo fuimos hechos hijos adoptivos del Padre y con el impulso del mismo Espíritu somos los adoradores en Espíritu y en verdad de Dios a quien podemos clamar ¡ABBA! ¡Padre! (SC 6; Rom 6, 4; Ef 2,6; Col 3,1; Rom 8, 15).

Los sacramentos de la iniciación cristiana, el Bautismo, Confirmación y Eucaristía, son el fundamento de nuestra vocación cristiana, así nos convertimos en seguidores, discípulos de Jesús; esta vocación es una llamada a la santidad y a la participación en la misión de la Iglesia, proclamadores de la vida de Cristo el hijo de Dios. Estos sacramentos nos confieren las gracias necesarias para vivir nuestra vida cristiana guiados por el Espíritu, mientras peregrinamos en este mundo hacia el encuentro del Padre (CIC 1533).

En la vida en el Espíritu Santo se realiza la vocación del ser humano. Esta vida está hecha de caridad divina y de solidaridad humana que se nos concede gratuitamente como un don de salvación (CIC 1690-1695).

Cristo es nuestro Maestro y modelo de toda perfección. Él predicó la santidad de vida, que todos seamos perfectos, así como es perfecto el Padre celestial. Fuimos ungidos por el Espíritu Santo, que nos ayuda y nos mueve interiormente para amar a Dios y para que nos amemos mutuamente como Cristo nos amó. Los seguidores de Cristo, fuimos elegidos por Él, justificados en Él y hechos por el bautismo sacramento de la fe, verdaderos hijos de Dios, partícipes de la naturaleza divina y por consiguiente santificados, santos. Por eso, tenemos la exigencia de conservar y perfeccionarnos cada día en nuestra vida, la santificación que recibimos, debemos vivirla como santos y producir los frutos del Espíritu para nuestra santificación (LG 40).

La vocación de toda la humanidad es manifestar la imagen de Dios y transformarnos a imagen del Hijo único del Padre. Esta llamada es personal de cada hombre y mujer, llamados a entrar en la bienaventuranza divina (CIC 1877). En Cristo, el Padre nos ha mostrado al Hombre para que fuéramos plenamente humanos, hijos de Dios. Por consiguiente los fieles deben vivir la santidad y expresarla con la plenitud de su vida cristiana concreta y con la perfección de la caridad (LG 40).

La santificación se obtiene mediante la caridad, vínculo de la perfección y plenitud de la ley. La forma más propia de la santidad es el martirio, don de Dios, concedido como gracia a pocos. La santidad se consolida más por los consejos evangélicos y lo que da más relieve es la consagración a Dios, consagrando la virginidad y el celibato. La Iglesia se llena de alegría cuando sus hijos abrazan la pobreza y renuncian a su propia voluntad. Todos los hijos de Dios deben vivir en este mundo sin apearse a las cosas que pasan (LG 9).

Jesús ha dicho: "Yo he venido al mundo para dar testimonio de la verdad" (Jn 18,37). Todo cristiano debe vivir en la verdad y la justicia; no debe "avergonzarse de dar testimonio de Cristo, el Señor". En las situaciones que exigen dar testimonio de la fe, el cristiano debe profesarla sin ambigüedades, como lo hizo San Pablo ante los jueces que lo juzgaban y lo

hicieron todos los mártires de la Iglesia. Se debe guardar una conciencia limpia ante Dios y ante los hombres (Hch 24, 16; CIC 2471).

El cristiano, como miembro vivo de la Iglesia, debe actuar como testigo del Evangelio con todas sus exigencias. El testimonio es un modo eminente de transmisión de la fe con palabras y obras, pero este testimonio es un acto de justicia que se establece para dar testimonio de la verdad (Mt 18,16).

EL MARTIRIO

El testimonio de nuestro hermano Monseñor Juan Gerardi nos recuerda la inmolación del mismo Jesús y la entrega de tantos hermanos que no antepusieron en su vida nada a Jesucristo, ni aún su propia vida.

"Todo coopera al bien de los que aman a Dios" (Rom 8, 28).

El testimonio de los santos confirma esta verdad:

En los umbrales del Nuevo Testamento, Juan el Bautista, rechaza la prohibición de proclamar la ley de Dios y de aliarse con el mal: "murió mártir de la verdad y la justicia". Fue el precursor del Mesías incluso en el martirio (Mc 6, 17-29). Por eso "fue encarado en la oscuridad de la cárcel aquél que vino a testimoniar la luz y que de la misma luz, que es Cristo, mereció ser llamado lámpara que arde e ilumina... Y fue bautizado en la propia sangre aquél a quien le había concedido bautizar al Redentor del mundo" (cf. San Beda el Venerable, VS/91b).

Así en toda la historia de la Iglesia, encontramos numerosos SEGUIDORES DE CRISTO, comenzando por el diácono San Esteban (Hch 6, 8 - 7, 60) y el apóstol Santiago (Hch 12, 1 - 2) que murieron mártires por confesar su fe y su amor al Maestro y no renegar de Él. Luego siguieron los Apóstoles Pedro y Pablo en Roma, después Andrés, Tomás; cómo no recordar a los grandes Obispos de los primeros siglos San Ignacio de Antioquía, San Policarpo Obispo de Esmirna, San Ireneo, o San Cipriano en el norte de Africa; los Papas y mártires Clemente, Fabián, Cornelio, Martín, Sixto; Obispos como Juan Fisher, Tomás Moro, y tantos otros que en la historia de América han dado su vida, como el Obispo Fray Antonio de Valdivieso (s. XVI) o Monseñor Romero en San Salvador (1980); Monseñor Gerardi, nos los recuerda a todos, y con él los sacerdotes y catequistas de Guatemala que han dado su vida como Jesús, y algún día la Iglesia han de reconocerlos con el mismo título: Los PP. Hermógenes López, José María Gran, Juan Alonso, Faustino Villanueva, Walter Voordeckers, Stanley Rothers, y tantos otros, que dieron su vida por Jesús, por su Evangelio, por el Reino de Dios en nuestra querida Guatemala. Confirmaron así la verdad del mensaje con el don de la vida. Estos testimonios nos hablan de la fuerza del Espíritu, en los que viven al servicio del Evangelio. Otros innumerables mártires de la primitiva Iglesia aceptaron las persecuciones y la muerte antes de hacer el gesto idolátrico de quemar incienso ante la estatua del Emperador (Ap 13, 7-10), rechazaron el simular un culto, dando así ejemplo del rechazo de un comportamiento concreto contrario al amor de Dios y al testimonio de la fe. Con esta obediencia, confían y entregan, igual que Cristo, su vida al

Padre, que podía liberarlos de la muerte (Heb 5, 7; VS 91c). Así hoy entre nosotros los catequistas, miembros de la acción católica, delegados de la Palabra de Dios, laicos comprometidos.

El martirio es el supremo testimonio de la verdad de la fe; lleva implícito un testimonio que lleva hasta la muerte. El mártir da testimonio de Cristo muerto y resucitado, al cual el cristiano está indisolublemente unido por el bautismo y la caridad. Da testimonio de la verdad de la fe y de la doctrina cristiana. Soporta la muerte mediante un acto de fortaleza. Así lo expresa San Ignacio de Antioquía (Rom 4, 1): *"dejadme ser pasto de las fieras, por ellas me será dado llegar a Dios"*.

El martirio es confirmación de la inviolabilidad del orden moral que hace resplandecer la santidad de la ley de Dios y a la vez la intangibilidad de la dignidad del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios. Esta dignidad nunca se podrá envilecer, cualesquiera que sean las dificultades. Por eso Jesús exhorta a todos con máxima severidad: *"De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma"* (Mc 8,36).

El martirio demuestra como ilusorio y falso todo "significado humano" que se le pretenda atribuir, aunque fuera en "condiciones excepcionales", un acto que en sí mismo es moralmente malo (como justificación para matar a alguien). Por el contrario, nos muestra su rostro verdadero: es una violación de la "dignidad humana" del ser humano, que afecta más a quien lo hace que a quien es martirizado. Por eso el martirio es exaltación de la perfecta "humanidad" y de la perfecta "vida" de la persona humana como lo atestigua San Ignacio de Antioquía, cuando se dirigía a sus hermanos en el lugar del suplicio: *"Por favor, hermanos, no me priven de ésta vida, no impidan que muera... dejen que pueda contemplar la luz, entonces seré un hombre en pleno sentido. Permitan que imite la pasión de mi Dios"* (Ad Romanos VI, 2-3; VS 92b).

En el martirio se proclama una de las notas de la Iglesia de Cristo: "SANTA", es decir, la santidad de la Iglesia, porque en él se proclama la fidelidad de la ley de Dios que se atestigua con la muerte, no sólo es un anuncio solemne sino además de compromiso misionero "hasta la muerte" para que resplandezca la verdad moral y no sea ofuscada en las costumbres y en la mentalidad de las personas de la sociedad. Este testimonio tiene un valor extraordinario a fin de que no solo en la sociedad civil, sino incluso dentro de las mismas comunidades eclesiales no se caiga en la crisis más peligrosa que pueda afectar al hombre: la confusión del bien y del mal, que hace imposible construir y conservar el orden moral de los individuos y de las comunidades. Así, los mártires y los santos de la Iglesia son un ejemplo elocuente y fascinador de una vida transformada totalmente por el esplendor de la verdad moral e ilumina cada época de la historia despertando el sentido moral. El testimonio de su martirio es un reproche viviente a cuantos transgreden la ley (Sab 2,2): *"Ay de los que llaman mal al bien y bien al mal; dan oscuridad por luz y luz por oscuridad"* (Is 5, 20).

El martirio es testimonio culminante de la verdad moral al que relativamente son pocos los llamados. Existe, no obstante, un testimonio de coherencia que todos los cristianos debemos estar dispuestos a dar cada día, incluso a costa de sufrimientos y de grandes

sacrificios. Así, en medio de todas las dificultades y aún en circunstancias ordinarias de la vida, se exige la fidelidad al orden mora, pero el cristiano que implora con su oración la gracia de Dios, está llamado a una entrega a veces heroica y revestido con la virtud de la fortaleza está capacitado para *"amar las dificultades de éste mundo teniendo presente el premio eterno"* (San Gregorio Magno, VLII, 21-24; VS 93).

El cristiano cuando da testimonio de la verdad, no está sólo, pues en su interior de modo misterioso actúa en el Espíritu de Dios. La voz de la conciencia le recuerda siempre sin ambigüedad que hay verdades y valores morales por los cuales se debe estar dispuesto a dar incluso la vida, no sólo con palabras sino también con el sacrificio de la vida. Aquí radica el sentido profundo de la entrega de Monseñor Juan Gerardi.

La Eucaristía, es fuente y cumbre de la vida cristiana, donde vivimos intensamente el misterio pascual del Señor, es la celebración de la muerte y resurrección de Cristo; como cristianos estamos insertos en su Cuerpo (1 Cor 12, 13-27); por el bautismo hemos sido configurados radicalmente en Cristo y en su misterio pascual, fuimos revestidos en Cristo (Gal 3, 27) y movidos por su Espíritu. Somos el propio Cristo (San Agustín) y debemos dar frutos de vida (Gal 5, 16-25). Nuestra participación en la Eucaristía (1 Cor 11, 23-29) es el culmen de nuestra asimilación a Cristo, fuente de vida (Jn 6, 51-58) principio y fuerza del don total de sí mismos, como nos recuerda San Pablo que nos manda hacer memoria en la celebración y en la vida. *"Cada vez que coman de este pan y beban de esta copa, anuncien la muerte del Señor hasta que venga"* (1 Cor 11, 26).

EXHORTACIÓN FINAL

Hermanos y hermanas:

Hemos escuchado la Palabra de Dios, y vamos a participar en la Eucaristía, por la cual Cristo Jesús prolonga su vida en nosotros, en medio de su comunidad. Es en la mesa del Pan y de la Palabra que renovamos la memoria de su pasión y muerte; también de su Resurrección. En su memoria, hacemos también memoria de todas las víctimas, niños, jóvenes, adultos y ancianos, hombres y mujeres, que vieron truncada su vida antes de tiempo a consecuencia de la violencia y la injusticia, pero también de la pobreza y la miseria.

Hoy estamos pidiendo por la paz, la paz que nace de un corazón nuevo y convertido, transformado por el mensaje del Señor; paz por la que tanto trabajó Monseñor Juan Gerardi, con un corazón generoso; paz que es fruto de la justicia, de la solidaridad y del amor. Unimos la memoria de este hermano Obispo, a la memoria del mismo Jesús, él que supo hacer del Evangelio el principio de su trabajo, guíe hoy nuestros pasos en el compromiso por la construcción de una sociedad distinta, donde haya un lugar para todos por igual, donde pobres y ricos limen sus diferencias, donde se respeten los derechos humanos y culturales de todos; donde se promueva la vida, la fraternidad y la paz, y exista el respeto. Quisieron destruir su rostro, su cerebro, sus manos; hoy nos toca a nosotros continuar su misión. Sólo pedimos que se haga justicia, para que los valores que él defendió se afiancen en la sociedad guatemalteca. Esta es la herencia de Monseñor Juan Gerardi,

"testigo fiel de Dios", la herencia que tenemos que prolongar ahora para hacer realidad sus sueños, el sueño de una Guatemala con paz, llena de Dios, libre de injusticias, de la impunidad y de la muerte, donde Cristo reine en todos los corazones. Mantengamos viva la esperanza. Que María, la madre del Señor, Reina de los mártires, Virgen de Guadalupe, nos ayude a alcanzar esta gracia que tanto necesitamos. Así sea.

Guatemala de la Asunción, 26 de abril de 1999

✠ Víctor Hugo Martínez Contreras

Arzobispo de Los Altos

Quetzaltenango-Totonicapán

Presidente de la CEG